

ala delta

Juan CERVERA

**JAVI, SUS AMIGOS
Y SUS CACHARROS**



Javi cree aún que los patos pueden salir caminando de su cuaderno de dibujo, que un despertador es mágico, y que una flauta está encantada... En medio de la pandilla, con el ejemplo del hermano mayor y la ayuda de los profesores, va dejando atrás, poco a poco, el mundo de la infancia.

Juan Cervera –*Premio Nacional de Literatura Infantil*– es un experto en folklore y en teatro para niños; y a la vez excelente narrador, que conoce muy bien la psicología del niño.

*A todos los niños,
que tienen derecho a ser felices,
incluida la sobrinada.*

Índice de contenido

Cubierta

Javi, sus amigos y sus cacharros

Los patos

El calidoscopio

La pajarita amarilla

La flauta mágica

La nevada

La tortuga perdida

El hombre del maletín

El despertador

La desgracia

La pandilla inventa

El arbolito

La fiesta

Las vacaciones

Los patos

JAVI tenía un cuaderno para sus dibujos. Era un cuaderno de hojas lisas, blancas y alargadas. Lo primero que dibujó fue una casa, un árbol, y el río que pasaba entre la casa y el árbol. Y los pintó de colorines: la casa, amarilla; el árbol, verde; el río, azul. Y en medio del río, un pez amarillo que parecía verde.

Después pasó a la segunda hoja y pintó un pato. Un pato solo en medio de la página. Luego le puso cerca una mata de hierba, para que comiera. Y un poco más lejos, el río para que se bañara.

—¿Qué haces, pequeñajo? —le preguntó su hermano Fredi.

—Si me llamas pequeñajo, se lo diré a mamá.

—Si te chivas, habrá tortas y el pato se escapará.

Javi iba a llorar de rabia, pero sólo hizo un mohín. Cerró el cuaderno de golpe y dejó el pato en su pradera de papel.

Aquella noche Javi soñó que se peleaba con Fredi. Éste lo había llamado pequeñajo, renacuajo y cabeza de grajo, y, abusando como siempre, le dijo que su pato era tan feo que parecía un cuervo. Javi se enfadó mucho y le dio un puñetazo en el pecho, y Fredi cayó al suelo y no se movía. ¡Estaba fuera de combate! Entonces se acercó el pato, que hacía de árbitro, y se puso a contar: «Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete...». Pero Fredi se levantó y empezó a perseguir al pato, que se escapó... volando.

Cuando Javi despertó, fue a mirar el cuaderno. Allí estaban, en su hoja, el árbol, la casa y el río. Y en la otra página, la mata de hierba y el río. Pero el pato había desaparecido.

Javi se quedó pensativo. Primero imaginó que Fredi le había gastado una de sus bromas pesadas. Que habría dibujado en otra hoja lo mismo que él, pero sin el pato, y habría arrancado la primera. Por eso contó las hojas. Pero allí estaban todas, veinticuatro. No faltaba ninguna. Luego pensó que a lo mejor el pato se había escapado, como dijo Fredi. Si se había marchado, era muy desagradecido. Era un mal pato... O tal vez lo habría borrado Fredi con una goma...



Pero no quiso decirle nada a Fredi, para que no se burlara de él otra vez. Y se fue al colegio.

Se lo contaría a Josele, al que todos llamaban Gafitas.

Gafitas le dijo que a lo mejor el pato estaba embrujado.

—¿Qué es embrujado, Gafitas?

–No me llames Gafitas, llámame Josele. Embrujado es eso, que tiene poderes, como una bruja; que puede hacer cosas buenas y malas.

–No entiendo. Yo a Fredi lo tumbé de un golpe.

–¿Lo ves, Javi? Por tu fuerza y por los poderes del pato.

–Jo, tío, pero fue durante el sueño.

–Pues, claro, Javi. Las brujas actúan durante el sueño. Y luego te despiertas y ya está hecho.

¡Qué lío! Javi esperaba que Gafitas le aclarara las cosas, pero todo estaba más confuso que antes. Además, Gafitas añadió que el pato tenía que ser miedica o estar embrujado. Si no, no habría huido. Ahora sí que no le preguntaba nada a Fredi. Su pato, embrujado o miedica. A Fredi, cuantas menos explicaciones, mejor. ¡Menuda la iba a armar si le contaba también que había peleado con él y lo había dejado fuera de combate!

Al llegar a casa, tomó otra vez los lápices y pintó otro pato, ahora color ceniza, con el pico amarillo y una gorrita azul. No lo quiso dejar solo en el campo. Delante del pato puso una casa. «¿Qué casa?», pensó. Pues una pastelería. Lo de pastelería se veía por el rótulo, porque los pasteles estarían dentro. Y al lado de la pastelería colocó una tienda de juguetes. Y luego pintó el sol, amarillo, con rayos amarillos también. Y pensó que si el pato se escapaba entraría en la pastelería y se pondría morado de tanto comer pasteles.

Pero cuando se durmió, el pato entró en la juguetería y se compró una bicicleta de dos ruedas, dos asientos y dos pares de pedales. De esas que llaman tándem.

El pato se montó delante y él detrás, y salieron de paseo. Se cruzaron con Tomás, que los miró sorprendido, y Javi lo saludó con la mano, como su padre cuando va en

bici y suelta el manillar. Y el pato saludó agitando en el aire el ala derecha y le mandó un besito con el pico.

A Javi le entró la risa al ver la cara de pasmado que ponía Tomás. No paraba de reír. Y cada vez reía más fuerte. Y rió tan fuerte, tan fuerte, que se despertó con la boca abierta de par en par, como la puerta del cole cuando llegan los niños. No le dolía nada, pero no podía cerrar la boca. Tiró de la almohada de Fredi, y Fredi, ya despierto, llamó a su madre para que le cerrara la boca a Javi.

Pero Javi ni reía ni lloraba, ni cerraba la boca. Entonces su mamá telefoneó a su padre, que ya estaba en la oficina. Su padre insistió en que llamara al médico, mientras él llegaba. Fredi tampoco sabía qué hacer, si reír o llorar. Porque por una parte le daba risa ver a Javi de bocazas... Pero, por otra, pensaba que todo aquello sucedía por los patos, porque Gafitas le había dicho en secreto que su hermano tenía un pato embrujado. Y él, que sabía muy bien cómo había huido el pato, se había burlado de Gafitas y había dicho muchas mentiras.

Su madre, cada vez más nerviosa, se puso a telefonar al médico. Pero estaba tan azarada que en vez de marcar el número del médico marcó el de la tía Pili, de Valencia. Y, claro, le tuvo que explicar lo de la boca abierta de Javi. Quería contárselo rápido, porque pensaba que urgía llamar al médico, pero tía Pili no paraba de preguntar y no la dejaba colgar.



Mientras tanto, Fredi no tuvo mejor ocurrencia que ir por el cuaderno de dibujo y enseñárselo a Javi.

Javi se sonrió un poco al ver todos los patos que había pintado el día anterior. En una página había una hilera: uno grande, con sombrero; otro con un collar, otro algo más pequeño, otro pequeñito, y otro pequeñísimo como un mosquito.

Como Javi no podía hablar, Fredi jugaba a adivinar:

–A que éste es el padre, ¿verdad?

Y Javi asentía con la cabeza.

–Y éste del collar es la pata madre, ¿no?

Y Javi asentía con fuerza.

–Claro, y estos otros son los hijos que van de paseo.

No; van a la estación a esperar a su tío que se marchó de viaje el otro día.

Javi, al oír esto, soltó una carcajada, y cerró la boca.

Y Fredi seguía chillando:

–¡Esta familia patosa es muy marchosa!

Y los dos reían cada vez más fuerte.

Su madre, al oír que reían con tantas ganas, le dijo a su hermana Pili:

–Oye, otro día ya me explicarás eso del *macramé*, hija.

Que tengo que ver qué le pasa al bocazas de Javi.

Y colgó.

Cuando llegó junto a ellos, vio que Javi dibujaba patos con tanta aplicación que hasta se mordía la lengua. Y Fredi lo miraba atentamente y decía:

–¡Jo, macho! ¡Qué patada!

En vista de lo cual su madre movió la cabeza y volvió al teléfono.

El calidoscopio

AQUELLA mañana Javi se fue muy contento al colegio, porque llevaba el calidoscopio que le había regalado su tía.

Cuando Javi llegó al cole todos sus amigos lo rodearon. Gafitas explicó:

–Eso está tirado. Un calidoscopio es un tubo con cristales, espejos y papelitos de color dentro.

Pero todos los chicos querían ver; por eso Javi dijo con autoridad:

–Poneos todos en fila. Las chicas, también. Cada uno tomaba el calidoscopio cuando le llegaba el turno. Se lo colocaba delante de un ojo, cerraba el otro y se ponía a mirar. Dentro se veían maravillosas composiciones de figuras que no representaban nada, pero eran sorprendentes combinaciones de colores: azules, verdes, anaranjadas, rojizas, amarillas, rosáceas, plateadas... Le daba un golpecito al calidoscopio y se veía otra combinación de colores mezclados de otra forma: triángulos dorados, hexágonos verdiazules, estrellas amarillas y coloreadas, flores he-ladas, cadenas de rombos anaranjados, serpentinas brillantes, y lluvias de confeti multicolor.

Todos los niños lo pasaban muy bien. Don Gregorio, el maestro, también se divertía dando golpecitos al calidoscopio, cuando un niño lo miraba casi embobado, y viendo luego cómo se alegraba al cambiar las imágenes.

Pero después de un buen rato don Gregorio dijo:

–Es hora de entrar.

Y una vez en el aula empezaron la clase de geografía. El calidoscopio quedó encima de la mesa.

Cuando llegó el momento del recreo Javi pidió permiso, tomó el calidoscopio y salió corriendo al patio.

Todos los amigos de Javi se pusieron en fila. Para que nadie abusara, Tomás se encargaría de contar hasta veinte. Contaría en voz alta para que no hubiese trampas. Al llegar a veinte, el calidoscopio pasaría al chico siguiente.

Pero mientras tanto, un niño regordete, al que todos llamaban Pepote, se acercó rápidamente a cada uno y les recordó la consigna. Javi, sin enterarse, comprobó la fila con la mirada:

–Empezamos ya.

Y le pasó el calidoscopio a Pepote. Éste enfiló el calidoscopio y Tomás se puso a contar en voz alta.

–¡Sensacional! ¡Sensacional! –gritaba Pepote dando saltos de alegría. Pero de pronto guiñó el ojo hacia los otros:

–¡Ahí va! Se ha metido un burro en el tubo. Un burro que trota por el prado.

Todos se echaron a reír. Y a Javi no le gustó nada.

–¡Burro, tú! –exclamó irritado. Y de un manotazo se lo quitó y se lo pasó al siguiente, que era Ricardo. Éste empezó muy seriamente:

–Veo, veo... cuadritos. ¡Anda! Ha vuelto el burro y está fumando un puro larguísimo que echa humo verde.

Javi explotó enfurecido:

–¡Ni burros, ni burras! No os lo dejo más.

Se enfurruñó y se lo quitó.

Todos los amigos de Javi se quedaron muy serios y se juntaron en silencio. Javi se separó del grupo y se apoyó en un árbol. Luego se colocó el calidoscopio ante el ojo derecho y comprobó. Veía lo de siempre: figuras geométricas que cambiaban al ritmo de los movimientos y de los

golpecitos. De pronto se le acercó Titina, una chica muy guapa:

–Javi, ¿me lo dejas a mí?

Javi negó con la cabeza. Pero Titina se le acercó más:

–No seas tonto. No ves que es una broma. Dicen que el cacharro este se ha enfadado y se ha vuelto loco.

–¿Loco? –dijo Javi sorprendido.

–Sí, y quieren jugar a decir locuras.

Javi se quedó un momento rumiando lo que había oído, mientras Titina lo miraba. De pronto Javi se puso a gritar:

–Venid, venid. ¡El calidoscopio se ha vuelto loco!

Y se lo pasó a Pepote de nuevo. Pepote empezó muy serio:

–El burro ahora se mira en el espejo y se pone la corbata. Y ahora se coloca una gorrita con visera que le tapa los ojos. Y tira la gorra al aire y va a parar a la cabeza de una vieja que lleva un cochecito con un bebé.

–¡Otro! –gritaron todos.

Y lo tomó Ricardo.

–Y ahora el burro se peina. Y se seca el pelo con un secador eléctrico que toca una canción muy animada.

–Será un secador con transistor –comentó Gafitas.

–Y sale una noria de feria en la que van montadas gallinas que dicen...

No tuvo tiempo de terminar, porque era el turno de Moncho.

–No son gallinas, son canguros –dijo Moncho con parsimonia– que hacen esquí acuático y dejan detrás una línea blanca en el agua. Y los canguros sacan plátanos de la bolsa y se los comen.

Josele, o sea, Gafitas, arrebató el calidoscopio. Tardó un poco en acomodárselo al ojo, por lo de las gafas. Pero enseguida empezó a marcar el paso mientras tarareaba: